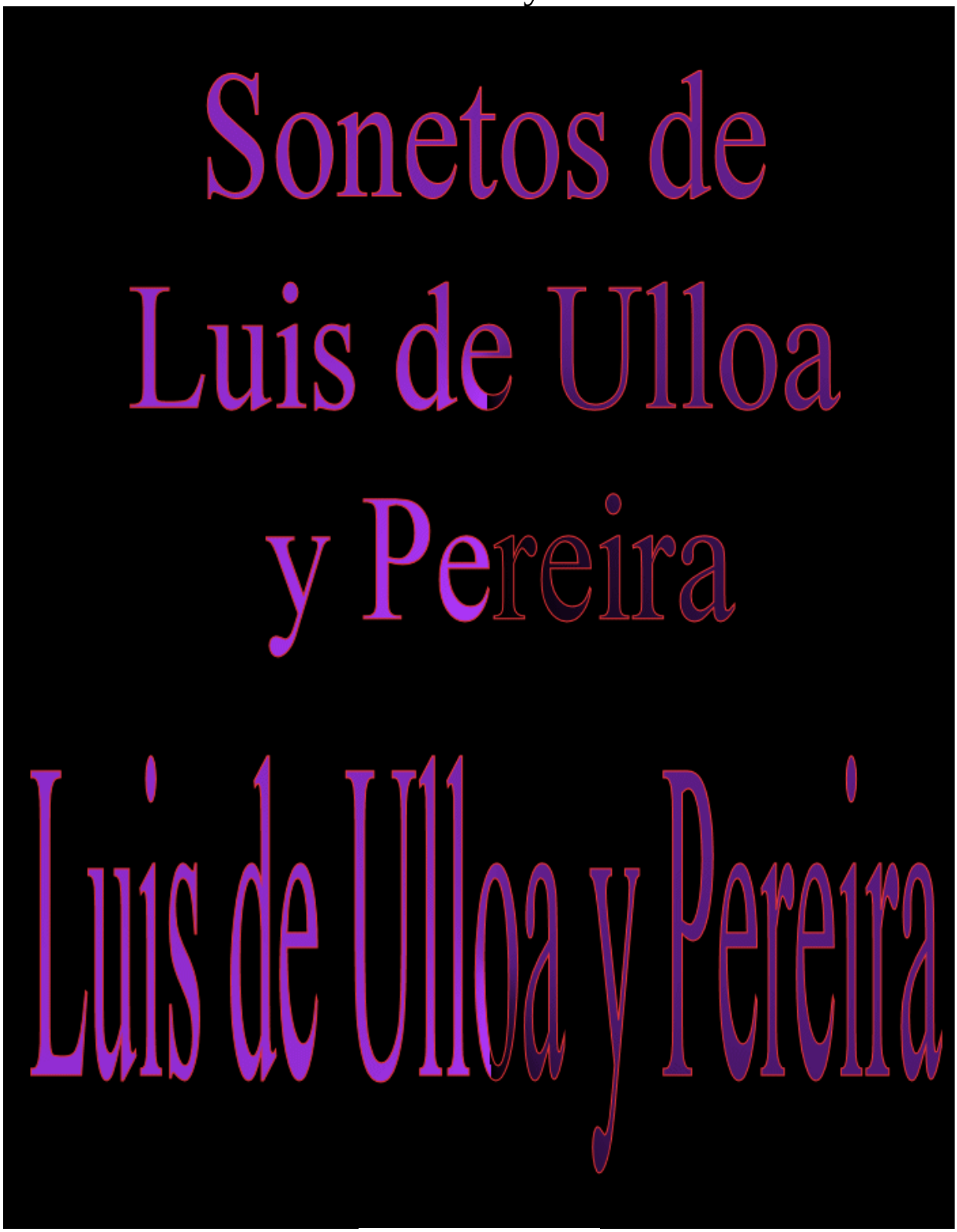


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Datos biográficos

Poeta español nacido en Toro (Zamora) en 1584.

Cursa sus primeros estudios en la ciudad de Valladolid.

Contrae matrimonio con una de sus primas, de la que enviuda al poco tiempo de casarse. No se tienen noticias de que tuviera descendencia.

Desde ese momento su vida trascurre entre sus libros, cargos oficiales y diversas aventuras.

Desempeñó los cargos de Procurador en Cortes, Corregidor de León y Logroño. Y sobre todo fue conocido como ayo del bastardo Juan José de Austria.

En veintidós de sus sonetos muestra su pasión amorosa por una dama llamada Celia; en otros once, por Filis; en nueve, por Lesbia, y en uno de ellos, su agradecimiento al Conde-Duque de Olivares.

Durante su vida en la Corte fue protegido del Conde-Duque de Olivares y cuando ya no pudo gozar de su crédito se retiró a su Toro natal, donde fallece en 1674.

Se dedicó a escribir poesías y comedias, siendo su obra más importante *Raquel*, en la que trata de los amores de Alfonso VIII con una hebrea, tema tratado anteriormente por Lope de Vega en *La Judía de Toledo*.

En los sonetos dedicados a los incendios del Colegio de Santo Tomás (LXXXIV) y del Monasterio del Escorial (CII) acaba con el mismo endecasílabo: «para que se redima la malicia».

Hay muy pocas referencias de este poeta en los libros de poesía, antologías y diccionarios.

- I -

A las cenizas de un amante puestas en un reloj de arena

Esta que te señala de los años
las horas de que gozas en empeño,
muda ceniza, y, en cristal pequeño,
lengua que te refiere desengaños,

un tiempo fue Lisardo, a quien engaños
de Filis, su querido ingrato dueño,
trasladaron del uno al otro sueño:
prevente, huésped, en ajenos daños.

En tanto estrecho al miserable puso
el incendio de amor y la aspereza
de condición esquiva y desdeñosa.

Póstumo el polvo guarda el primer uso
inobediente a la naturaleza:
padeció vivo, y muerto no reposa.

- II -

Encarece su amor con ocasión de eclipse

Filis, ¿no ves la saña del planeta
que, amenazando trágica ruina,
llama vierte feroz, sangre fulmina,
en alterada forma de cometa?

¡Mira cual tiembla la tiara inquieta
de lo que el vano astrólogo imagina,
y cuántos cetros al horror destina
oscura voz de equívoco profeta!

Y advierte que, seguro en sus enojos,
de tu semblante prende mi cuidado,
que ni sabe otro cielo ni le mira;

y, atento a las estrellas de tus ojos,
ni quiere más fortuna que su agrado,
ni teme más prodigios que su ira.

- III -

A la memoria amorosa de una dama, en una ausencia

Oye, Filis, que muero, oye que muero;
ya tu nombre en tu voz suena imperfeto,
oye como te invoca mi respeto
entre las ansias del dolor postrero.

Lo demás que te ofrece el verdadero
y último ejemplar de amor perfeto,
quede oculto, señora, en mi secreto.
No lastimarte, prevenirte quiero,

resto verás que el sacro Manzanares
envuelve mi ceniza en las arenas
más veneradas del sagrado río.

Si alguna vez sus márgenes pisares,
en tanto que te adoran sus sirenas,
vuelve los ojos al sepulcro frío.

IV

Salid, crecidos áspides que entrasteis
sólo a dejarme el corazón desecho,
salid, pues os parece tan estrecho
esto, que un tiempo tan capaz juzgasteis.

Por señas de que ingratos, os mudasteis
y del sangriento estrago que habéis hecho
lleváis, al desasiros de mi pecho,
los pedazos del alma que arrancasteis.

Ni en mi silencio ni en mi fe cupiste,
siendo mi amor, lo sabe, y vuestro olvido,
de adoración enmudecido ejemplo.

De la desierta parte en que viviste
(Memoria es mucho ya) lástima os pido
que la dejéis sepulcro y era templo.

V

Al poema de la invención de la Cruz de Francisco López de Zárate, natural de Logroño

Si ya por vuestra lira en su campaña,
Zárate insigne, el Ebro cristalino
os coronó del mirto, que previno
sin competencia de nación extraña,

a cual emulación no desengaña
que premiando la fe de Constantino,
junte de tantos siglos el destino
la mejor pluma y la mejor hazaña.

Mas sin juzgar el premio merecido,
árbitro dicen, que con vos Homero
el heroico laurel divide Apolo,

porque si el griego en tiempo preferido
la suerte os usurpó de ser primero,
vos le quitáis la gloria de ser solo.

VI

A Miguel Zebollón, enfermo del juicio

Virgen, si explican vuestra perfección
cuantas cría fragancias el vergel,
hoy permita legumbres el cartel,
también es criatura un Zebollón.

O que resplandeciente (del dragón
pues la planta en la cerviz cruel)
llena de gracia estáis, diga Gabriel
si os cabe un tilde de común borrón.

El que imagina culpa pertinaz
donde la gracia se colmó sin fin
y os presume manchada, es un atroz,

lo bueno de defecto es incapaz,
por una imperfección fuérades ruin,
a mi locura fiel horrible voz.

VII

Al aposento de sus libros

Leyes al escarmiento se establecen
en esta tabla, Licio, construida
al ocio de las musas, redimida
del mar cuyas tormentas se fenecen.

En breves descripciones le parecen
ruinas de la edad envejecida,
confusiones y ejemplos a la vida
en la pintura y el cristal se ofrecen.

Aquí ya defendido a la violencia,
del poder excusado a las porfías,
de la ignorancia logro desengaños,

y a tanto cuanto pudo la experiencia,
un rato río los sobrados días,
otro lamento los perdidos años.

VIII

A un epigrama de Marcial

No siempre a los groseros y vulgares
alimentos asiste la templanza,
ni la segura libertad se alcanza
precisamente en los humildes lares.

Libre, Mario, serás si en los pesares
se acompaña constante la esperanza,
y si atendiendo a la común mudanza
el temor y el deseo limitares.

Sin elación del ánimo modesto,
en las altivas sienes victorioso,
el laurel vividor logra trofeos.

Y en el seno caduco siempre expuesto
a la envidia descubre la emoción
ruinas de imposibles y deseos.

IX

Metáfora de una yedra que ceñía un laurel,

a los dos privados de España y Francia

Esta yedra rebelde y lisonjera
que de asombrar este laurel blasona,
que con mentido culto le aprisiona
y oprime lo que finge que venera,

de ceniza es su voz, y si la oyera
la sacra majestad cuando perdona
o permite cautivo su corona,
que ambición alevoso le prefiera.

Si para culpa tal tarde las leyes
introducen el público consuelo,
que a ceniza sus derechos pasen.

¡O España! ¡O Francia!: Redimid los reyes,
fulminad rayos que, imitando al cielo,
respeten el laurel, la yedra abrasen.

X

Una dama que celebró con el nombre de Celia

Estos que Apolo quieren que te igualen,
a sus alientos, y en la causa exceden,
conceptos, que a los fuertes se conceden,
para que en su firmeza se señalen,

estos suspiros, que a mis penas valen,
cuando el anhelo de mis ansias pueden,
que de mi ardiente corazón proceden,
y de la fragua de mi pecho salen;

exhalaciones son de una centella,
que resulta de Angélica hermosura,
con luz de resplandores inmortales,

no lleguen los profanos a entendella,
quede suspensa la ignorancia oscura,
lejos de los misterios celestiales.

XI -

En ocasión de haberle faltado dos días

demostración de la memoria de Celia

Hoy también niegas a las ansias mías,
de tus memorias, Celia, las señales,
así me dejen solo con mis males
en las eternidades de dos días.

Aquel dulce veneno que vertías,
lisonja de mis penas inmortales,
repetido por términos iguales,
templaba las sedientas agonías.

Como me le suspende tu mudanza,
mas, hay temores atrevidos, paso
que llegáis a lo vivo del sosiego.

Todo lo emprende la desconfianza.
Ojos, agua, y más agua, que me abraso,
pero tampoco tanta, que me anego.

XII

Viendo lo dicho que excusase demostraciones porque se notaban

Ya con tu arbitrio, Celia soberana,
a los humos de honor, sino a los fuegos,
sacrifico la vista de dos ciegos,
a vana adoración, ofrenda vana.

No nos miremos, si la envidia ufana
introduce rumor, turba sosiegos,
demos a Venus invisibles ruegos,
y exteriores aplausos a Diana.

Baste juntar las almas, que en sus lazos
a la parte inferior también previene
sus intereses frágiles Cupido.

Estrecha más de los mentales brazos,
la dulcísima unión, verás, que tiene
lisonja el gusto, engaños el sentido.

XIII

Volviendo a verla después de ausencia

Del pecho vanamente defendido,
al poder de tus armas homicidas,
vierten sangre reciente las heridas,
que curaba el cuidado, no el olvido.

Así en el pedernal endurecido
se ceban las entrañas encendidas,
y salen en centellas esparcidas,
al golpe del acero repetido.

Culpa tu actividad, no mi secreto,
si en la ceniza descubriere el fuego
de mi primer ardor, segundo indicio,

o fía tu Deidad de mi respeto,
y los que vieren, que a tus Aras llego,
verán, Celia, sin voto el Sacrificio.

XIV

Reconoce lo imposible de mudar su voluntad

Alma, no puede ser, está cautiva,
a redimirte en vano te dispones,
que importará que limes las prisiones,
si has de quedar esclava, y fugitiva.

No en la cadena, por dureza esquiva,
admiración, ni lástima propones,
que de la fuerza de tus eslabones
no hay libertad, que sin envidia viva.

Forjóles el amor de la belleza,
en que mezcló el cariño y el recato
la discreción, la gala, talle y brío.

No será que se gaste tu fineza,
ni se podrá romper, que con el trato,
ha perdido la fuerza el albedrío.

XV -

Dificulta los medios para librarse de su pasión

Celia, mi alma libre no se mueve
por la disposición de alguna Estrella,
que cuanta lumbre resplandece en ella,
a la razón de tu beldad se debe.

Del claro incendio, que a inmortal se atreve,
y luces celestiales atropella,
no han podido templar una centella,
cuantos avisos la clemencia llueve.

Nada mitiga el fuego que ha encendido,
aquel hechizo todo poderoso
de los fieles halagos de tu trato.

Oh corazón, dos veces combatido,
un medio desleal, otro alevoso,
idolatrar, y arder, o ser ingrato.

XVI -

Al mismo propósito

Bien sé yo, Celia, el riesgo con que vivo
en la fuerza invencible de adorarte,
después que mi pasión para olvidarte,
ni a la esperanza permitió motivo.

Ningún aviso en la prisión recibo
por donde lime la cadena el Arte,
ni en la razón se reconoce parte,
que pueda redimirse de cautivo.

Porque si deslumbrada prevarica,
en la ley que profesa soberana,
o idolatra la ciega tu belleza.

Presume que el engaño justifica,
viendo en las señas de formarte humana
tan desmentida la naturaleza.

XVII -

A las lágrimas de una ausencia

Este dolor oculto trasladado
del interior del alma a los sentidos,
por conceptos del pecho despedidos,
en cristales sangrientos explicado.

Esta postrera esencia del cuidado,
destilada de afectos oprimidos
si un tiempo fue la voz a tus oídos
hoy es de mis finezas el sagrado.

En las aras que erige mi tristeza,
halle la culpa de vivir sin verte
de tus desconfianzas acogida.

Y mientras llega la postrer fineza,
recibe, Celia, en prenda de mi muerte
estas señales de mi triste vida.

XVIII -

La ausencia de Celia disculpa no haber muerto de amor

Dirás, Celia, que finge, o que encarece
mi artificio el dolor, porque la vida,
que en tantas quejas se mostró rendida,
rebelde a la fatiga permanece.

Y así en la luz que tu beldad ofrece
de los soplos del Austro defendida,
se muestre en el Diciembre tan florida,
la púrpura de Abril como amanece.

Que se ha visto en el tránsito postrero
varias veces el alma: y el aliento
del padecer feliz, vence al destino.

Para que pene más, porque no muero,
y viva desluciendo lo que siento,
con las mismas finezas que imagino.

XIX -

En una enfermedad de Celia

Físico Apolo del dolor te mueve,
que el sentimiento general anima,
no ya la fiebre venenosa oprima,
cuanto de amor a la beldad se debe.

Naturaleza victoriosa pruebe,
a no rendirse, cuando más lastima,
y liberal alguna vez redima,
en lo admirable la pensión de breve.

Y yo Sacra Deidad, que en las legiones
de Espíritus, que en paz viven contigo,
admites humos de devoto Templo.

Sin todas las humanas perfecciones
niegas la duración para castigo,
permítenos alguna para ejemplo.

XX

A un retrato de Celia

Oh milagrosa emulación de aquella
hermosura Divina, en quien el arte
que feliz imitó la inferior parte,
de no verla animada se querella.

Como se suspendiera, imagen bella,
el ansia de mi ausencia en contemplarte.
si nuestra soledad tuviera parte
capaz de contemplarla y entendella.

Mas mi pecho afligido, y lastimoso,
como dará la voz, ni tú el oído,
moderando al semblante el dulce ceño,

si por fuerza de amor, maravilloso
vives, tu sin sentir, yo sin sentido,
y las almas de entrambos en tu dueño.

XXI

Otro al mismo propósito

En esta que el pincel ha trasladado,
de original hermoso, imagen pura,
así a la voz suspensa se figura,
que no llega a ser mudo lo callado.

Y tanto persuade lo informado
de aliento, y de razón en la pintura,
que no sólo la vista se asegura,
la voluntad se mueve y el cuidado.

Misterio encierra superior al arte,
que por virtud oculta las colores,
fuerzan influyan de amor, y de respeto.

Parece que el Pintor miró a la parte,
con que inclinan las causas superiores
y copió a las estrellas el secreto.

XXII -

Otro al pintor que no sacó parecido al retrato de Celia

Qué inteligencia celestial regía,
artífice, el error de tu destreza,
que quiso examinar, si la belleza
copiarse de su esfera permitía.

Cual estrella de lápiz te servía
en qué porción de Angélica pureza
bañaba los pinceles su rudeza,
que trasladar la perfección quería.

No fue sujeto hermoso, la hermosura
libre de humanidad fue la que viste,
y asombrado de luces te cegaste.

O feliz de intentar de su locura,
que hará gloriosa en lo que no pudiste,
la fama que te ha dado lo que osaste.

XXIII -

A Celia hallándole dormido

Así duermen las almas; no solía
entre sombras de olvido porfiado
estar tan soñoliento tu cuidado,
cuando con mi desvelo competía.

Toda mi fe, Lifardo, desconfía,
que un pecho en el incendio sosegado,
o a la impresión del fuego está negado,
o persuade a que la llama enfría.

Pero mi pensamiento temeroso,
con esta suspensión de tu fineza,
halla en la pena la mayor ventura.

Que cuando está de tu atención quejoso,
si olvido le amenaza tu tibieza,
tu sosiego de celos le asegura.

XXIV

La respuesta

Las almas nunca duermen, Celia mía,
y el sueño en los sentidos retirado,
del Templo a tu hermosura consagrado,
no puede suspender la idolatría.

Pierde de su violencia la porfía,
el amoroso fuego en mi cuidado,
y así como en su centro sosegado,
ni me quema la llama, ni ella enfría.

No atiendas del incendio misterioso,
como es tranquilidad y no tibieza.
Arder, y sosegar en llamas pura.

Que el afecto de celos temeroso,
es humana pasión, y tu belleza
en su divinidad está segura.

XXV

Pondera la fuerza de su amor cuando más debiera desengañarse

A tu poder amor, y a tu porfía,
los despojos inútiles entrego,
ardan también en el incendio ciego,
como el robusto corazón ardía.

Tirano el vencedor, a sangre fría,
tale los frutos que sembró el sosiego,
pues hay materia tan capaz de fuego,
cuando toda ceniza parecía.

O cuando presumiendo que acredita,
esta apariencia lisonjera infama
lo frágil del aliento que fallece.

Si en la violencia del ardor, imita,
el esfuerzo caduco de la llama,
que en el fin de la vida resplandece.

XXVI

Al mismo propósito

Celia, de tus centellas abrasada,
como el Verano de la infancia ruda,
arde la edad, que se introduce muda,
ya del Invierno en la estación helada.

Poco de los avisos recatada,
al gran incendio la obediencia duda,
mejor que pudo la atención desnuda,
la emprende ahora de experiencia armada.

Que mucho, si en las llamas inmortales
descubre el alma la inmortal pureza,
y entre los pensamientos encendidos.

Muestra el respeto, y el amor iguales,
separado el deseo y la belleza,
conformes la razón, y los sentidos.

XXVII -

Anima la confianza de Celia con el ejemplo de la rosa

De esta que admiras rica de tributos,
que varias flores a su aliento ofrecen,
y reina de la selva la establecen
jurisdicción de imperios absolutos.

La fragancia, el color, los atributos,
que en púrpura soberbia resplandecen,
verás, que fugitivos desvanecen,
si atiendes a su ser breves minutos.

Tanto esplendor la usura codiciosa
de las horas usurpa a quien tributa,
por instantes los réditos mortales.

No temas Celia, al tiempo milagrosa
se opone tu belleza, y no es segura
la edad, sino en efectos naturales.

XXVIII

Encarece su amor con ocasión de un eclipse de luna que pareció muy sangriento

Celia, no ves la saña del Planeta,
que amenazando trágica ruina,
llama vierte feroz, sangre fulmina
en usurpada forma de Cometa.

Mira cual tiembla la Tiara inquieta,
de lo que el vano Astrólogo imagina,
y cuantos Cetros al horror destina,
oscura voz de equívoco Profeta.

Y advierte, que seguro en sus enojos,
de su semblante pende mi cuidado,
que ni sabe otro cielo, ni le mira,

y atento a las estrellas de tus ojos,
ni quiere más fortuna que tu agrado,
ni teme más prodigios, que tu ira.

XXIX -

Desigualdad ordinaria en la correspondencia de amor

Juzgaba Celia la ignorancia mía,
que el ciego Dios, que mueve los afectos,
estrechándose a músicos preceptos,
ninguna disonancia permitía.

Y que cuando suave los hería,
si al examen sonaban imperfectos,
ajustarlos por términos secretos
era la perfección de su armonía.

Ya conoce mi error con que distancias
los puntos que reduce a variedades,
sin proporción de números reparte.

Y que afina discordes consonancias,
siendo para templar las voluntades,
el dejar una falta todo el arte.

XXX -

A una dama que se ofendía de que la mirasen con atención

Culpo en los ojos la elocuencia muda,
de Lifardo infeliz, Filis hermosa,
si hipócrita fe duda, o religiosa,
si cruel, y soberbia no se duda.

Que turba tu pureza o que la muda
(dijo Lifardo) de mi fe amorosa
el culto, que con arte misteriosa
de accidentes humanos se desnuda.

Si es delirio adorar en tu belleza,
la luz que trasladada fe deriva
del Autor de las almas inmortales.

Acusa de los Templos la grandeza,
la Religión de los Altares priva,
condena los retratos celestiales.

XXXI -

A la contradicción de sus afectos

Este fuego que alumbra, y que no abrasa,
pues hay alguna parte que no encienda
esta dificultad, esta contienda,
que en la razón y en los afectos pasa.

Este incendio de fuerza tan escasa,
que no hay sentido que guardar emprenda,
y sin contradicción que le defienda,
tan eficaz a las potencias pasa.

Parece material en el tormento,
y eterno se descubre en lo que dura,
sin consumir el alma en quien se ceba.

Yo no sé descifrar mi pensamiento,
sé que el amor su calidad apura,
con el examen de una llama nueva.

XXXII -

Efectos de la hermosura y el trato de una dama que ocasionó este delirio y los demás versos que tienen el nombre de Lesbia

Lesbia, tu trato infiel, y tu hermosura
están en un sujeto tan unidos,
que los dos han de ser aborrecidos,
o quererlos a ciegas mi locura.

En vano el alma señalar procura
por término a tu imperio los sentidos,
que al tiempo de entregarlos divididos,
nada de las potencias asegura.

Asido a tu beldad todo lo lleva
a mi despecho la violencia fuerte,
que oculta los engaños del encanto.

Bien, que con una diferencia nueva,
formada de mirarte, y entenderte,
ámote más, y no te quiero tanto.

XXXIII -

Muestra mal empleada la fuerza

Lesbia, mi pensamiento malogrado,
de su misma fineza perseguido,
te desobliga más con lo rendido,
te desagrada más con lo adorado.

Esto sutil de Amor, que mi cuidado
ajustar a tus fueros ha querido,
o no lo miras bien por desvalido,
o te parece mal por desusado.

Tomemos medio, pues en mi sosiego,
ni bien lo libres, ni lo prendas todo,
cuando nada mortal se redefiende.

Y tirana en la vida que te entrego,
usa de los sentidos a tu modo,
a Celia deja el alma, que la entiende.

XXXIV -

Reconoce alivio en su mal con alguna luz del desengaño

Ya Lesbia, tus lisonjas en mi pecho
hacen menos atroces los estragos,
y en tus infieles labios los halagos
algo de los encantos han deshecho.

Y ya la unión del éxtasis estrecho,
en que confusos los alientos vagos,
de gozo celestial eran amagos,
deleite rudo, y material se ha hecho.

Ya en mi ciega noticia restituyes
lo que de humana me negó el engaño,
y algún defecto, que se hurtó al juicio.

O tú, Deidad, que en la razón que influyes
enciende más la luz del desengaño,
y anima al humo de mi sacrificio.

XXXV -

Vuelve a encarecer la ceguedad de su pasión

Finjo, por divertirme del tormento,
o que alargo, o que rompo la cadena,
y cuando floja, o desatada suena,
más apretadas las prisiones siento.

Si luz figuro, y desengaño miento,
que alumbra la razón, o que la ordena,
más ciego, y más rendido de mi pena,
no alcanza la razón del escarmiento.

Lesbia, yo moriré de ti ofendido,
y tuyo moriré, que no hay ofensa,
que amor no la disculpe, o la perdone.

Mas firme me verás aborrecido:
excesiva cruel, ingrata piensa,
quien ama todo, o todo lo dispone.

XXXVI -

Al reconocimiento de su error

Lesbia, yo te aborrezco arrepentido,
y llego a confesártelo afrentado,
mira cual estaré de haberte amado,
si de quererte mal estoy corrido.

Fiscal de mi razón cada sentido,
me repite el horror que le has dejado,
y entendiendo librarme del cuidado,
con el odio embarazan el olvido.

Yo acabaré la guerra de este afecto
último en mi pasión, sin perdonarme
escrúpulo de duda en la victoria.

Que en lo más interior de mi secreto,
hasta de arrepentirme he de olvidarme,
o no he de tener paz con la memoria.

XXXVII -

Efectos contrarios de la voluntad

Quiero, y no quiero lo que solicito,
y aborrezco lo mismo que deseo,
a la lisonja del deleite creo,
y envuelto en mis agravios le repito.

Todo el acuerdo a la memoria quito,
todo el contento en el pesar empleo,
y a proseguir la ceguedad que veo,
me lleva la costumbre del delito.

Este mal de mi alma es un afecto.
Medio, en el albedrío tan confuso,
que ni su nombre, ni su ser se alcanza.

Pasión, que a hurto del amor perfecto,
la voluntad engendra con el uso
del apetito, y la desconfianza.

XXXVIII -

Su amor más advertido y atento a la fuerza se halla desobligado y sólo dura en la parte inferior

De la playa de amor menos serena,
tanto burla mi nave la fiereza,
que por salir del riesgo su pureza,
no se dispone la menor faena.

Si las jarcias confuso desordena,
el ocio, que introduce la torpeza,
no repetidos votos de fineza,
algún gemido del deleite suena.

Solo corre tormenta el apetito,
sino en tranquilidad están en calma
memoria, voluntad, y entendimiento.

Y aunque parece el piélago infinito,
como se engolfa el gusto sin el alma,
no se pierde de vista el escarmiento.

XXXIX -

Dejándose llevar de su pasión seguro de ella

Pensando que el olvido templaría
el ansia del hidrópico ardimiento,
curaba yo mi corazón sediento
con estorbarle lo que apetecía.

Y viendo el daño, que el remedio hacía,
ningún alivio le aplique violento,
esperando que obras el escarmiento
todas las experiencias que sabía.

Y del mal que causaba la belleza,
sin quitar el veneno de los labios,
con la frecuencia conseguí el hastío.

O Lesbia, cuánto debo a mi flaqueza!
Fui con facilidad de tus agravios,
volví con liviandades a ser mío.

XL

Asegura que podrá resistir la violencia del amor

Porque sepas, amor, cuando blasones
de la inmortalidad de tus centellas,
que los ardores, y la luz en ellas
vienen de voluntarios corazones.

Esta vez a pesar de las pasiones,
con que las libertades atropellas,
verás, que aunque lo quieran las estrellas,
no quiero yo morir en tus prisiones.

Cuando más te prometan asistencia,
auxiliares los hados, y el destino,
conquistarás mi esclavitud en vano.

Que en el Reino del alma no hay violencia,
sustituto del árbitro divino,
le rige el albedrío soberano.

XLI

Deseando librarse del odio en que se había mudado el amor

Yo fui loco de amor en su cadena,
con afrentosos eslabones preso,
ya con la libertad, y sin el seso
he mudado el delirio, no la pena.

Porque de agravios la memoria llena,
y rota la paciencia con el peso,
mi alma de un exceso en otro exceso,
no el escarmiento, la venganza ordena.

Este segundo error ha introducido
otra ciega pasión, con que forzado
pienso en la causa de mi engaño necio.

Y estoy sin acordarme del olvido,
solicitando a costa del cuidado,
lo que puedo tener con el desprecio.

XLII -

A su desengaño

Llego de la tinieblas reducido
a ti, Deidad que alumbras los mortales,
mal borradas del rostro las señales
no bien del cautiverio redimido.

Y la soberbia imagen de Cupido,
fingida en el mejor de los metales,
arrojo despreciada a tus umbrales,
por glorioso trofeo del olvido.

Si llegare a tu Templo el dueño hermoso,
que despreciando los aplausos míos,
adora otros ingratos pensamientos.

El ídolo le muestra fabuloso,
tan venerado de mis desvaríos,
tan ultrajado de mis escarmientos.

XLIII -

Efectos de los celos

Este penar, sin deshacer los hielos,
el alma entre las llamas anegada,
la privanza del bien desesperada,
en que faltan alivios, y consuelos.

Estas ansias sin fin, estos desvelos,
esta inquietud del pecho acelerada,
esta violencia en la razón turbada,
poco se explica, si se laman celos.

Agravios son de causa verdadera,
donde falta el auxilio del engaño,
y el favor de la duda se ha deshecho.

Ni fenecerte, ni templarse espera
dolor que crece con el desengaño,
y no llega a matar con el despecho.

XLIV -

Propone librarse de la sujeción

Mucho tormento es ya para sufrido,
y mucho agravio para declarado,
Lesbia, presumes mal, no se ha privado
el alma de razón, se ha suspendido.

Si verme entre las llamas encendido
te asegura de eterno mi cuidado,
en las penas de amor el condenado,
no padece incapaz de arrepentido.

Yo tiraré con ánimo tan fuerte,
del lazo en que mi cuello se cautiva,
que me ahogue, o le rompa la violencia.

Esto también por ti, que es ofenderte
ser tuyo, y ser tan vil, que torpe viva,
infamando al amor con la paciencia.

(Este soneto aparece en los *Entremeses de los Bolatines* con la firma de Diego de Silva.)

XLV -

A la mudanza de la fortuna de su amor

Este desdén con libres falsedades,
desprecio, y burla de mi pensamiento,
yo le vi en mi destino soñoliento,
amar lisonjas, y temer verdades.

Ostentando tiniebla, y ceguedades,
tan hidrópico vi tu fingimiento,
que parecía, que el ardor violento
mitigaba la sed con sequedades.

Ya su porfía regaló engañosa
el hielo, y fomentó en el pecho mío,
la ponzoña que ardiente se desata.

Ufana de que sólo poderosa
esfuerza los venenos en el frío,
lesbia, más que las víboras ingrata.

XLVI

Quéjase de efectos celosos y pondera la suerte enamorado con el trato

Qué confusión es esta en que me anego!
Qué negra sombra que a mi luz asiste!
Qué niebla oscura que del sol se viste!
Cuál humo es este que parece fuego!

Qué horror feliz es este? Donde ciego
miro el origen de mi pena triste?
Quién es? Dónde aparece? En qué consiste
esta ilusión, que turba mi sosiego?

Y tú, Lesbia, quien eres, que así oprimes
mi libertad por la inservible parte,
más imperiosa, que el Autor Divino?

Con cual encanto, que en el alma imprimes,
inventar tercer modo de adorarte
que no es por elección, ni por destino.

XLVII -

Despídese arrepentido de la ceguedad de su pasión, ofreciendo firmeza a otro cuidado

Quédate, Lesbia, a dispensar barato,
lo que insaciable, y frágil solicitas,
anégate en el cieno que ejercitas,
parecido a tu pecho, y a tu trato.

No usurpes la fineza, no el recato,
que con opuestos términos limitas,
deja de amor las glorias infinitas
a la Deidad, que las suspendo ingrato.

Y tú, Celia Divina, en mi accidente
lo irracional perdona del sentido,
que con torpes halagos se conforma.

(Falta el último terceto en el original.)

XLVIII

A un amigo que, teniendo vencida la voluntad, excusaba cobardemente la ejecución

Aquel que pudo, Fabio, aquel que pudo
llegar en la constancia a tal estado,
que del lazo interior más apretado,
cuando no le desata rompe el nudo.

Este a los hados superior, desnudo
de los afectos, viva recatado,
tema el encanto del semblante amado,
que dulce mueve, y persuade mudo.

Y tú que a las pasiones te rendiste,
no fuerces de cobarde el apetito,
añadiendo martirio al vencimiento.

Que quien la ejecución sola resiste,
no excusa lo culpable del delito,
y malogra el poder del escarmiento.

XLIX

A una dama que, no siendo muy escrupulosa, dijo que dejaba de querer a un hombre por no pecar

Aunque el amor, o Lisida, podía,
en fe de ciego, persuadir errores,
no te propongo (como bien) que adores
los ídolos que sigue mi porfía.

Que guardes si la escasa valentía
para logro de méritos mayores,
y avara de otros males atesores,
culpas que apliques a la pena mía.

Que si a más de un precepto se reduce
la ley, y en los que pródiga dispensas
menos sencilla, y regular te mueves.

Fiel es la persuasión, cuando te induce
no a cometer, a conmutar ofensas,
por las más disculpadas, y más leves.

L

A una dama que decía que, cuando fuese posible admitir algún pensamiento amoroso, no bastaría ninguna fuerza de la pasión a que la confesase

Déjate idolatrar, no agradecida,
ni aun agradable, bella indiferente,
del Ciego Dios el sacrificio ardiente,
ni le admita tu fe, ni le despida.

Que si alguna Centella desasida
de su sagrado incendio felizmente,
no por actividad, por accidente,
emprendiere el sosiego de tu vida;

no importará que en el retiro estrecho
del corazón presumas ignorante
ocultad la quietud de tus enojos.

Que la descubrirán a tu despecho,
las elocuentes voces del semblante,
los eficaces ecos de los ojos.

LI

A la muerte de Lucrecia, origen de la libertad romana

Roto en Lucrecia sino declarado
del fuero conyugal el nudo estrecho,
el duelo de su parte satisfecho,
el adúltero infiel amenazado.

El brazo del honor acelerado,
para mostrar el inocente pecho,
el corazón en lágrimas deshecho
aun primero sangriento, que rasgado.

Al sacrificio casto de su vida,
la Matrona constante ofreció ufana,
golpe tan fuerte, que excedió al intento.

Y aquel acero, que sobró en la herida,
cortando el yugo a la cerviz Romana,
esculpió en las edades escarmiento.

LII

Al Conde de Olivares retirado en Toro

Este varón que de gloriosa rama
al Duero se aparece coronado,
después que de sus méritos fiado,
examinó del Sol toda la llama.

Asido de las plumas de la fama
vive, sobre la envidia, contrastado,
y dentro de las almas retirado,
logra el amor, que universal le aclama.

Siempre con luces de mayor que humano,
si forzado del vuelo se suspende,
o no quiere valerse de las alas.

Y en entrambas fortunas Soberano
sube, cuando parece que desciende,
y son de corazones las escalas.

LIII

En la espera del nacimiento del príncipe Baltasar

Próvida Juno, que astros encontrados,
tímida huyes, y cobarde esperas,
fausta disposición, en las severas
formas de los Planetas elevados:

Atiende al voto público, y airados
asistan en las lúcidas esferas.
Que por eterna ley, causas primeras
no nacen inferiores a los hados.

El Cesar tierno, opuesto a la fortuna,
verá adquiriendo defendidas glorias,
mejor logrado su valor en ellas.

Y si lugar debajo de la Luna
no ha de dejar Filipo a sus victorias,
déjale que vencer en las estrellas.

LIV -

En la muerte del señor Infante Cardenal

Fernando vive más, que no se olvida
la virtud, que en la fama se convierte,
y nuestro amparo de su diestra fuerte,
se asegura mejor en la partida.

Que viendo la fortuna reducida
a tantos trances de contraria suerte,
clemencia fue la que otorgó su muerte,
no fue rigor el que negó su vida.

Y como con victorias no previno,
siendo tantas, el hado necesario,
al estrago fatal de las Españas.

Por su elección, que anticipó el destino,
quiso subirle al cielo voluntario
a volver con milagros las hazañas.

LV -

A la muerte del Rey de Suecia

Aquel soberbio intento en que se viera,
si no feliz, constante la osadía,
el que asombró del Orbe parecía,
el que esperaba que castigo fuera.

Despareció veloz, como la esfera,
que forma el agua de la lluvia fría,
o cual despide, al fallecer del día,
fingida estrella la región primera.

Y en su fin de la pólvora la llama,
que con lo breve, y material del daño
envuelve los ejemplos que eterniza:

Dio fuego a lo mentido de la fama,
calor a la razón, luz al engaño,
humo a la envidia, a la ambición ceniza.

LVI

Al peligro de la gran felicidad

Teme Licio el placer, teme, si tienes
en gracia de los Astros celestiales
siempre el deseo, y el suceso iguales,
o te influyen más dichas que previenes.

Teme, si nunca viste los desdenes
de la fortuna, ni en ligeros males,
que se ocultan las trágicas señales
en el pródigo exceso de los bienes.

De doliente mortal, Médico atento,
no limitando al apetito nada,
lisonjea los íntimos enojos.

¡O gran dolor en traje de contento.
Presagio de salud desesperada,
cumplirse al gusto todos los antojos!

LVII

Al señor Infante don Carlos

O rompa ya el silencio el dolor mío,
y salga de este pecho desatado,
que sufrir los rigores de callado,
no cabe en lo que siento, aunque porfío.

De obedecerte, Anarda, desconfío,
muero de confusión desesperado;
ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
ni dejas que yo tenga mi albedrío.

Mas ya tanto la pena me maltrata,
que vence el sufrimiento, ya no espero
vivir alegre, el llanto se desata:

Y otra vez de la vida desespero,
pues si me quejo, tu rigor me mata,
y si callo mi mal, dos veces muero.

LVIII

En aplauso del soneto del Señor Infante

Rompa en hora feliz la voz amante,
que en el grave silencio se aprisiona,
y muestre en otro César Elicona,
que convienen lo Augusto, y lo Elegante.

Ínclito Carlos, que si ya el semblante
te acusa de la rígida Belona,
lides tiene Minerva, en que corona
con un mismo laurel, sabio, y triunfante.

Permíteme de Apolo las campañas,
mientras Marte previene otras victorias,
y baja de las Bélgicas montañas.

Cada rebelde a tributar dos glorias,
una a tu espada para las hazañas,
otra a tu pluma para las memorias.

LIX

Habiéndole arrojado al rostro un poco de búcaro, que Celia tenía en la boca

Ya con las alas del favor osado,
la púrpura flamante competía,
Búcaro, que entre aljófar se movía,
no sin las presunciones de animado.

Mirávale yo triste, y asustado,
y en Celia despreciada su osadía,
para remedio de la envidia mía,
obró la contingencia, no el cuidado.

Así arrojó a mis ojos el destino,
sin desdén, ni favor la tierra unida,
memoria de pesar, y descontento:

Porque alentado del calor divino,
fue imagen a la muerte, y a la vida
el barro, con el nombre, y el aliento.

LX -

Ofreciendo más crédito a la satisfacción de Celia, que a una sospecha suya

Celia, con movimientos desiguales
tu corazón señala la dolencia;
y a cuanto reconoce mi experiencia,
son de peligro todas las señales.

Pero si tú dispones, que los males
que viere los ignore mi obediencia,
no se queje la Fe de que la ciencia
sacrílega profana sus umbrales.

Que importa que lo digan los sentidos,
si leal mi fineza los desmiente,
y a más severo examen se remite.

Entre los pensamientos combatidos,
es hereje de amor el que consiente,
la duda que no vence, se permite.

LXI

Encarece poéticamente la hermosura de Celia, en disculpa de su amor

Milagrosa prisión de mi albedrío.
Disculpa celestial de mi locura,
clara centella de la llama pura,
en que abrasar la libertad porfío.

Discreta causa del discurso mío,
árbitro singular de mi ventura,
llegue más a la luz de tu hermosura
quien no llama razón ni desvarío.

Y cúlpese al pincel que ha trasladado
copia de la beldad tan parecida,
que así la desconozca mi rudeza.

Porque ésta correrá de su cuidado,
que idolatre mi fe, mal advertida,
si no eres tú la original belleza.

LXII

Dos amantes ausentes se soñaron juntos

Soñando yo, pensé, que no dormía,
y Celia imaginó, que no soñaba,
ella, que a mi deseo se fiaba,
y yo, que su belleza merecía.

La unión que a nuestras almas asistía,
al sentido inferior se trasladaba,
que los dos corazones animaba,
y sus alas solícito batía.

Con vuelo igual de la fingida gloria,
el término llegó al postrer empeño,
y la dulce ilusión desaparece:

Pero dejó gustosa la memoria
el suceso feliz, que si fue sueño,
cuando el pasado bien no lo parece.

LXIII -

A un incendio de la casa del señor Duque de Uceda

Suerte fue, no prodigio, que eligiera
la fortuna, o a ciegas encontrara
espléndida materia en que formara,
si no festiva, casual hoguera.

Para que el corazón, a quien no altera
la novedad de contingencia rara,
el estrago improviso reparara,
como si culpa el accidente fuera.

Así por el valor, que coronado
de virtudes heroicas oprimida
la envidia, reverente las aclama.

Cuanto ya fue ceniza, restaurado
para resplandecer a nueva vida,
como el Fénix: renace de la llama.

LXIV

A la muerte de un caballero

No yace, resplandece en la muralla
tu sangre ilustre, joven generoso,
la fama, del lucero lastimoso
ignora los ejemplos o los calla.

No cabe en la piedad, sin agrandalla,
presumir, que su esfuerzo valeroso
eligió par triunfo más glorioso,
que no fuese dichosa la batalla.

Y sino fue elección, premio sería,
en que la providencia te asegura
trofeo más altivo que viviendo.

Despreció a la fortuna tu osadía,
matar, y no morir, fuera ventura,
y fue todo valor, matar muriendo.

LXV

En ocasión de haber muerto a puñaladas en Lisboa a un caballero, por sospecha de galanteo en alta parte

Tú, que terceras, y conceptos gastas,
y con hastío de deleite a secas
ceban la humanidad por donde pecas,
menos las castidades, que las castas.

Huye los homenajes que contratas,
sepulcros tristes de lujurias huecas,

y vivirás, si con mi gusto truecas,
sin darte con Faustina de las astas.

Venus plebeya, Ninfas manuales,
ni muy costosa, ni dos veces una,
aplicó al apetito jornalero.

Consuelo son de achaques naturales
los ejemplos de trágica fortuna,
más blando es el azogue, que el acero.

LXVI

A la muerte improvisa de un caballero muy dichoso y de aventajadas prendas

No de accidente falleció improviso,
enfermo estaba de felicidades
este de las humanas vanidades
prodigio, envidia, lástima, y aviso.

De la fortuna el disponer preciso,
obrando lisonjeras falsedades,
opuso a su valor dificultades,
concediéndole más de lo que quiso.

Desvaneció los odios recatado,
uso de los honores entendido,
conquistó voluntades generoso:

Si dejara de ser afortunado,
luciera más del mérito adquirido:
no pudo ser mayor, siendo dichoso.

LXVII

Otro sumamente bien afortunado en toda la vida, que murió infeliz y aceleradamente

Otro ejemplo me da tu providencia
de otra dicha, Señor, desvanecida,
otro consuelo a mi modesta vida,
otro motivo para mi paciencia.

El que asciende feliz con la opulencia,
y del peso que lleva se le olvida,
recele más violenta la caída,
cuando se acerque más a la eminencia.

Fue polvo en un instante el suntuoso
alcázar que esperanzas ofrecía
de osada presunción a la codicia:

Y mostróse el estrago milagroso,
porque en la ostentación no parecía
edificio labrado a la malicia.

LXVIII

Hallándose un galán obligado...

Voz de Oráculo fue, que se entregara
de dos Ninfas al mar la que eligiera
amante, que forzado en la ribera
el destino cruel ejecutara.

El caso fue, que en una idolatrara,
y otra en el hielo de su amor ardiera,
fue de razón librarse la postrera,
y fue de amor que la razón faltara.

Premio fue, no castigo, que ofreciese
sepulcro un elemento a la fineza
de la que ya murió cuando vivía:

Y el desdén fue lisonja que se viese
suceso que animase la dureza,
ejemplo que templase la porfía.

LXIX

La planta del girasol...

Si al Sol miraba Ninfa, y más atenta
su lumbre adora Clicie transformada;
si en las ondas de rayos anegada,
o en el golde de luz arde sedienta;

adulta flor la inclinación violenta
reduce al escarmiento dedicada,
y en Teatro fondoso coronada,
victorias del destino representa.

Como siempre obstinado mi albedrío,
su primitiva ceguedad imita,
todo error, todo infancia, todo engaños;

y en menos disculpado desvarío,
sombra sigue, tiniebla solicita,
rebelde a la razón, sordo a los años.

LXX -

A un jazmín asido a una estatua de Diana

De aquel jazmín, que su verdor se atreve
a escalar esta imagen de Diana,
nieva centellas la experiencia cana,
precipitadas de su peso leve.

El Austro tarde, que a usurpar se atreve
el desaliño de la flor lozana,
pretende triunfo con violencia vana
del estrago que al tiempo se le debe.

Cándido así de frágil esperanza,
mi pensamiento despeñado miro,
por el poder de natural efecto.

Cuando le oprime, Celia, tu mudanza,
que llega sin obrar en mi retiro,
a dejar deslucido mi respeto.

LXXI

En una sospecha porfiada

Esto ya es apurar el sufrimiento,
esfuerza mi recelo la porfía,
y viendo en el temor tanta osadía,
se retira corrido el pensamiento.

Con que animado de bastardo aliento
reconozco un valor que desconfía,
y un embarazo de la fantasía,
que parece cuidado, y es tormento.

Aun no está de la suerte, que yo muera,
sino que de sospechas impedida
suspenda mi razón el ejercicio:

Y tarda el desengaño, porque fuera
la evidencia cuchillo de la vida,
y es la duda verdugo del juicio.

LXXII

A la constancia con que el Rey, Nuestro Señor, vio descubrir los cuerpos reales en el panteón del Escorial...

De fábrica elegante en prisión dura,
parte de vuestra sangre ya sosiega,
con apariencia tal, que no la niega
la muerte que las formas desfigura.

Y en el mayor peligro se asegura
vuestra constancia, si al horror se llega,
que ni el polvo fúnebre se ciega,
ni a quedar alfombrada se aventura.

Valor fue que la fama solemniza,
ver a la Majestad tan sin olvido,
que de acordarse de mortal blasona.

Dejándose tratar de la ceniza,
para lacar el cerro más lucido,
y más resplandeciente la Corona.

LXXIII

Reconoce los trabajos por misericordia de Dios y le suplica que los limite

Bulto fingido, que causó el espanto,
cuando el Infante se mostraba esquivo,
a los brazos del padre compasivo,
le restituye con amor, y llanto.

Así para librarme del encanto
en que olvidado de mi origen vivo,
Divino Padre, sirven de molino
estos afanes que me asustan tanto.

Mas llégase tan cerca, y es tan feo,
cuanto me sobresalta porque os siga,
que deja el movimiento embarazado.

Y es forzoso (Señor) en mi deseo
moderar el horror a la fatiga,
o darme corazón más alentado.

L

XXIV

A un galán que celoso seguía a su dama y le desengañó un relámpago de que no era ella la que iba con otro

Más ciego de temor, que de la oscura
noche, que tenebrosa procedía,
mal informada mi pasión seguía
de Celia, y de mi agravio la figura.

Y cuando ya sin alma en mi locura
quise abrazarme de la ofensa mía,
luz improvisa, y émula del día,
aliento, y se reduce, y asegura.

O fiel exhalación! No con flamante
estrella, resplandores tan perfectos,
ni la constante duración compitas:

Ostenta, sí, que alumbras un instante
y que vences al Sol en los efectos,
él concurre a dar ser, tu resucitas.

LXXV -

En ocasión de haber quemado Celia un papel suyo

Con lazos, Celia, del papel asidos,
salen mis pensamientos castigados,
por ligeros, idólatras, y osados,
en varios elementos divididos.

De tu prisión al viento remitidos
explican los efectos encontrados,
entre copos ardientes apagados,
en nevadas centellas encendidos.

Ardió en tocando al hielo, y en tu mano,
exenta de tu incendio riguroso,
duró rebelde la materia leve.

Arbitrio de tu imperio soberano,
por mostrarse dos veces poderoso,
helar la llama, y encender la nieve.

LXXVI

A la memoria amorosa de Celia en una ausencia

Oye, Celia, que muero, oye que muero;
ya tu nombre en tu voz suena imperfeto,
oye como te invoca mi respeto
entre las ansias del dolor postrero.

Lo demás que te ofrece el verdadero
y último ejemplar del amor perfeto,
quede oculto, señora, en mi secreto.
No lastimarte, prevenirte quiero,

resto verás que el sacro Manzanares
envuelve mi ceniza en las arenas
más veneradas del sagrado río.

Si alguna vez sus márgenes pisaras,
en tanto que te adoran sus sirenas,
vuelve los ojos al sepulcro frío.

LXXVII

En ocasión de recetarle unas medicinas estando enfermo, tomó el médico la pluma con que le hallo escribiendo

Con esta misma pluma, que fulmina
proceso a mi salud física mano,
se explicaban (Apolo soberano)
sacros misterios de tu ley divina.

Ahora sin tu acuerdo determina
firmes decretos de mi fin temprano,
y cada rasgo repetido en vano,
es lazo que a mi cuello se destina.

Que bien con el castigo cauteloso
(en lisonjas de Filis ofendida)
venganza, y burla su rigor advierte.

Si aquel mismo instrumento que animoso
de su memoria consagré a la vida,
sirve para el efecto de mi muerte.

LXXVIII -

Hace memoria y de la parte en que tuvo principio su amor

Este es el Templo, Filis, y este el día,
en que ya tu poder, o ya tu ruego,
obró el milagro de quitar a un ciego
la tiniebla de ausencia, en que vivía.

Aquí vio tu hermosura mi osadía,
aquí entregó a las llamas el sosiego,
y le hospedó tan apacible el fuego,
que se alumbraba el alma, y no se ardía.

Y pareció piedad de la belleza
entonces, que a sus llamas entregado,
no quedarse en cenizas convertido.

Y fue traza cruel de su aspereza,
por hacer el castigo más pesado,
no matarme de amor, sino de olvido.

LXXIX -

A una dama en cuya presencia ataron a un hombre que la tenía ofendida

Si sepultarse respectivamente,
de ningún fuego artificial tocado,
Filis, el infelice fulminado,
era superstición, pero decente.

Como el castigo, que al rigor clemente
de tu deidad estaba destinado
(por influjo disponer del Hado)
a sacrílego brazo se consiente?

Permitiendo a la culpa, que había sido
de tus divinos rayos prevenida,
profano ejecutor de tus enojos.

Mísero amante, siempre desvalido,
que ni a tus ojos defendió la vida,
ni mereció la muerte de tus ojos.

LXXX -

Describe el tiempo de su amor y pondera su fineza

Once veces borrados del Estío
se vieron los matices de este Prado,
y tantas el Invierno le ha secado
nuevos colores del humor del río.

Después que mi confuso desvarío,
a despecho de Filis porfiado,
sin lograr un alivio mi cuidado,
pierde muchos remedios su desvío.

Que la pasión del ánimo doliente,
de cuantos medios el rigor ordena,
saca motivos de aumentar el daño.

Y entregado al frenético accidente,
tengo menos cordura con la pena,
y me enloquece más el desengaño.

LXXXI

Al desvío de Filis, que se disculpa con una queja incierta

Si te retiras, Filis, por hallarme
de achaques de fortuna tan doliente,
el menos venenoso no consiente
impulso de piedad para tratarme.

Y de que su contagio con desarme
excusas el peligro cuerdamente
y descuida de hacerme delincuente
si te vasto infeliz para olvidarme.

No te detenga de esto la bajeza
de la calumnia que inocente ignoro,
las novedades que mi olvido trata.

Remite la razón a mi fineza,
que arriesgándose así por su decoro
se sabrá disculpar de ser ingrata.

LXXXII -

Consuelo engañoso de la ausencia

Niégueme a vuestros ojos celestiales
mares y montes de soberbia llenos;
y en vuestra ausencia, de remedio ajenos,
sienta mi vida los prolijos males.

Que si gran ira y gran amor, iguales
merecen el castigo, por lo menos
podremos vernos en oscuros senos,
más allá de los límites mortales.

Pero si yo, de mucho amar la pena,
y vos, de mucho aborrecer, debemos,
esta esperanza lisonjera miente,

que a pagar cada culpa se condena
en diferentes orbes, y tendremos
para penar estancia diferente.

LXXXIII

Acusa los malos medios de lo que se llama felicidad humana

¿Celio, cómo pretendes ser dichoso,
si eres puntual, sencillo, y verdadero,
si de calumniador, y lisonjero,
aborreces el arte cauteloso?

Si no te finges soñoliento Esposo,
y con el sufrimiento jornalero
de la invención, que se llamó dinero,
consignes el dominio vergonzoso.

Si quieres ser feliz, trata de verte
cercado de delicias, y regalos.
Sin atención de pundonor alguna.

¡O gran despecho de la humana suerte!
Terrible ley, que habemos de ser malos,
o tener por contraria la fortuna.

LXXXIV

A un incendio grande que hubo en el Colegio de Santo Tomás, convento de religiosos dominicos

Vuestro Templo, Señor, arde violento,
al laurel de Tomás se han atrevido
centellas materiales y encendido
lo que del rayo se juzgaba exento.

Será que con castigo tan sangriento,
de los delitos nuestros merecido,
misterioso querréis, que hayan tenido
en la sinceridad el escarmiento.

Que inicuo fuera en el juicio humano,
librar al delincuente la sentencia,
y hacer del inculpable la justicia.

Sólo en vuestro decreto soberano
es justo, que padezca la inocencia,
para que se redima la malicia.

LXXXV

En la indisposición de Su Majestad que sucedió a una peligrosa enfermedad de la Reina Nuestra Señora

Baste el susto, Señor, que vuestra vida
no es toda vuestra, para aventurada;
cuando el amor la empeña despechada,
la Corona la pide defendida.

La luz, que sino pudo oscurecida,
se vio con accidentes de turbada;
ya que la defendisteis arriesgada,
no la desamparéis restituida.

Al corazón enfermo el vuestro disteis,
y estando la dolencia vencedora,
se embarazó su fuerza con el arte:

El golpe, como amante, recibisteis,
mirad por la salud de Rey ahora,
no lleve la fineza nuestra parte.

LXXXVI

A una dama que se quejaba mucho de casada

Filis, indicios de mujer! Previno,
que no idolatren en mi fe las gentes;
si alterado de humanos accidentes
desmiente lo inmortal, y lo divino,

¡o milagro del uso peregrino!
Que así al sentido de la vista mientes,
en tu virtud de afectos diferentes
la voluntaria conjunción convino.

Tu deslumbraste en éxtasis hermoso
la vista de los ojos celestiales
y formó las ideas el deseo.

Al espejo del trato fabuloso,
que se ven en sus mágicos cristales,
ni necio Midas, ni Vulcano feo.

LXXXVII

A una inundación que hizo grandes estragos en la ciudad de Valladolid

Era Ciudad Augusta, Imperial era
este horror a desierto semejante,
pudo a líquidas ondas un instante,
lo que a siglos el tiempo no pudiera.

Menos atroz el elemento fuera,
sino borrara a partes lo elegante,
y el todo de la fábrica flamante,
a general diluvio redujera.

Cuando son pena, o mérito los males,
cuando conviene el golpe, o el amago,
no le penetra la mortal fatiga.

O providencia, oculta en las señales,
en la felicidad, y en el estrago,
se ignora si regala, o si castiga.

LXXXVIII

A la muerte de la Reina Nuestra Señora en el túmulo de las honras que le hizo el señor Conde de Olivares en Toro

Estas lenguas de luces, que predican,
(aún mas que alumbran) tu caduca suerte,
no son obsequias fúnebres de muerte,
aunque a funesta pompa se dedican.

La fe, que misteriosa significan,
más eficaz, que la razón advierte,
en que infalible vida se convierte
el fin que las virtudes justifican.

Con himnos, pues, devoto pasajero,
venera la gloriosa sepultura
reverente al ejemplo que recibes.

No llores lo que al Solio verdadero,
(coronada mejor) pasó segura,
llórate a ti, que en le peligro vives.

LXXXIX

A un amigo que por desengaño tenía una calavera en su aposento

En vano, Fabio, los efectos fías,
a las voces del ánimo negados,
de los pálidos ecos revocados
del subjetivo estrago de los días.

Cuando rebelde construir porfías
caracteres horribles, y borrados,
los avisos distintos, y animados
dentro de tus acciones hallarías.

O cuan ociosa prevención ostenta,
esta ruina en que confuso miras
lo frágil de las fábricas mortales.

Sabes, que de la vida se descuenta
el numerado aliento que respiras,
y esperas documentos materiales.

XC

A la historia que don Fernando de Alviar escribió en la ciudad de Logroño

Esta excepción de las Romanas gloria,
que pudo verlas de su triunfo ajenas,
hasta que Fénix de Cantabria apenas,
tuvo ceniza para las memorias.

Esta que de su Vega las historias
trasladaba con sangre en las almenas,
y contando batallas por arenas,
numeró por batallas las victorias.

Ya de caducas sombras redimida,
por Alvia, o Alva, que su luz la ofrece
docta se ilustra, si te honró valiente.

Y émulo al fundador, que la apellida
feliz, ostenta, que se compadece
vencer osado, y escribir prudente.

XCI -

A un incendio que hubo en el Convento de San Quirce en la ciudad de Valladolid

¡Otras armas, Señor, otro elemento
para sólo asolar tan prevenido!
Quien al criarlo todo, le ha servido
de Artífice la voz, y el instrumento.

¡Castigo en vuestro Templo tan violento,
que parezca ofensor por ofendido!
Así logra los himnos, que ha ofrecido
al Coro de sus Vírgenes atento.

Trocando aquí la temporal balanza,
los males, y los bienes que repiten,
al bueno afán, al malo conveniencias.

Otra vida nos muestre la esperanza,
bien, que con velo, porque no limiten
el obsequio a la Fe las evidencias.

XCII

En ocasión que el Rey Nuestro Señor mató en una fiesta con el arcabuz a un toro, que había vencido a un león

Cuando el Toro, rebelde a la obediencia,
fue del Teatro vencedor lucido,
del gran Filipo el tiro prevenido
cifra intento mayor, que la apariencia.

De la fe, se traslada a la evidencia,
que su imperio con Júpiter partido,
ni está por los efectos dividido,
ni el fuego celestial le diferencia.

Así transforma el bruto, así convierte
el plomo en otro ser, y con la herida
el instrumento y víctima se altera.

Que fue en lo breve de causar la muerte,
y en la obediencia de rendir la vida,
rayo la bala, racional la fiera.

XCIII -

A los versos que escribió el Conde de la Roca, sobre la verdad y la mentira

Esta verdad copiada de tu esfera,
tan grave, tan airosa, y parecida,
del más prolijo examen atendida,
con aplauso se admira, y se venera.

Pluma feliz que de la envidia es fiera,
dos victorias, dos veces combatida;
una, por competirse tan lucida,
otra por arriesgarse la primera.

Este acierto con luces de divino,
sin elección, Anarda, te obedece,
también en la mentira, que retrata.

Donde la suma perfección previno
tan misteriosos lejos que parece,
que no la desconoce, ni la trata.

XCIV -

A la concepción purísima de Nuestra Señora en un certamen

Virgen, esta opinión, que se levanta,
y culpa original se considera,
bien sabe, que purísima, y sincera
oprimís de la sierpe la garganta.

Cuando se inclina servil una planta,
de Fabio Agricultor mano severa,
por conseguir la rectitud primera,
la tuerce al otro extremo, o la quebranta.

Hubo quien os creyese concebida,
sin obra de varón, y sin efecto,
de la preciosa sangre redimida.

Y por poner en fiel nuestro concepto,
(sin que os hiciesen Dios por parecida)
el artificio os finge aquel defecto.

XCV -

Prometiendo seguridad en la asistencia de su patria desengañado de peregrinar sin fruto

Las rotas alas, que batió siniestra
mi esperanza solícita suspenda,
sacros penares, por segura prenda
del homenaje a la clausura vuestra.

Ultima vez la venerable diestra
alarga, o patria, a la votiva ofrenda,
y en animar el fuego que la encienda
la gratitud del holocausto muestra.

Si de mi pluma desvalido ejemplo
restare humilde la consorte cera,
que vecindad del Sol ha desunido.

Arde alumbrando del sagrado Templo,
votiva imagen que aquel Dios refiera,
siempre invocado, nunca conocido.

XCVI -

En ocasión de haber puesto una dama la copia de su rostro en una imagen de Santa Lucía

Lesbia, que nunca confesó fortuna
en copiar tu beldad maravillosa
siempre de leve imperfección quejosa,
y siempre a los pinceles importuna.

Para tener con novedad alguna,
aun más adoración que por hermosa,
forma de santa fe usurpa ambiciosa,
con que quiso ser dos, y fue ninguna.

Que a todas luces la pintura vana,
(de la soberbia presunción remota)
confunde la noticia indiferente.

Y divina la lámina, o profana,
ni a Lesbia se parece por devota,
ni a la santa por poco penitente.

XCVII -

A una dama que se preciaba aborrecida de su galán, asunto y consonantes forzadas

Lastímame Velilla de tu afán,
que rendirá las fuerzas de Sansón,
ver, que de aborrecidas haces blasón
preciada tanto del desdén de Juan.

Trazando con celeste tafetán,
cabellos más hermosos que Absalón,
te cargas sin más fuerzas que un moscón,
peso de penas, como ganapán.

Tu corazón más negro que sartén,
guarda el Vergel de amor, como mastín.
Y en piélagos de celos, es atún.

Para su alivio de otro palafrén,
recite algún galope, si es latín,
no se receta en lengua más común.

XCVIII

En una sospecha porfiada poniéndose de parte de la razón

Y tú también, cobarde pensamiento,
estorbas, que mi muerte se dilate,
deja que el alma fatigada, trate
de no esperar alivio en el tormento.

El corazón, que tan herido siento,
sin que a ningún peligro se recate,
saldrá del albedrío en el combate
menos rendido, cuanto más sangriento.

Sepa la voluntad, que la victoria
será de la razón, menospreciando
la vida que no estimo, ni defiendo.

Que armada de mi ofensa la memoria,
he de vencer con el honor penando,
y de cumplir con el amor muriendo.

XCIX -

Al Señor Almirante de Castilla le envió este soneto con esta copla

Científico Apolo nuestro
este soneto os envío,
porque le enmendéis por mío
y yo le estime por vuestro.

Un vacilar continuo el pensamiento,
mover sin ocasión de prevenido,
un ciego idolatrar, cuanto advertido,
una incredulidad del escarmiento.

A cuenta respirar de ajeno aliento,
nacer de lo cobarde lo advertido,
al tiempo anticiparle agradecido,
usar como lisonja del tormento.

Una unión del descanso, y la fatiga,
un guiar lo animoso la imprudencia,
osar, ceder, y resolver osado.

Un forzoso temer aun cuando obliga,
sólo este amor al mío diferencia,
en la razón, que sigue mi cuidado.

C

Respuesta al soneto anterior

Encarezca, Señor, vuestro Soneto
el Coro de Minerva misterioso,
y a vos en el Museo y en el Coso,
el amor os admire, y el respeto.

Elegante, y prudente en el conceto,
y en la palestra militar brioso,
siempre dejar a la atención dudoso,
lo más en lo valiente, y lo discreto.

Asombro sois de Marte, y sois de Apolo,
cuando, blandiendo la luciente pluma,
cuando, rigiendo la veloz espada.

Con vos tenéis la competencia sólo,
o se rinda la envidia, o se consuma,
todo, fuera de vos, parece nada.

CI -

Al casamiento del Excelentísimo Señor Condestable de Castilla

La libertad señor habéis rendido,
el corazón gustoso lo ha jurado,
y la hermosa deidad, que lo ha logrado,
la gran esclavitud ha merecido.

No tenéis que añadir a lo vencido,
ni con que merecer en lo adorado,
que el alma, tesonera del cuidado,
ya de vivir en vos se ha despedido.

Conténtese gustosa la memoria,
de que puede ostentar su confianza,
el gran acierto del feliz empleo.

Y vos sabréis en tan divina gloria,
que en un gozo mayor, que la esperanza,
no cabe el ejercicio del deseo.

CII

Al incendio del Escorial

Arda el gran edificio, o sus primores
asolen los incendios más robustos,
ruega Laurecio en medio de los sustos,
que causan amenazas superiores.

Sean con tal exceso los rigores,
que algún error los presumiera injustos,
cuando se vieron castigar los justos,
para el ejemplo de los pecadores.

No admita dudas el talento humano,
cuando enseñe la Fe con evidencia,
que en Dios es infalible la justicia.

Pues permite su Imperio Soberano,
que alguna vez padezca la inocencia,
para que se redima la malicia.

CIII

En ocasión de haber quemado una dama el papel que escribía a su galán, por quemar el que él le había escrito a ella

Dicha fue de mi fe contra tu incendio
la contingencia del papel trocado,
que cualquiera consuelo imaginado
puede desvanecer mi pensamiento.

No porque mire mi cobarde aliento
a la esperanza con semblante osado,

ni que afloje las cuerdas al cuidado,
es lisonja, que pido a mi tormento.

Por poner al incendio mis finezas,
(que estando ellas ardiendo en fuego eterno
no las pudiera ocasionar recelo).

La llama consumió tus asperezas
con agüero feliz, porque el engaño
mostró, que puedes encender el hielo.

CIV

A la muerte de la Excelentísima Señora Marquesa del Carpio

Esta flor, esta estrella, esta hermosura,
fragante, esclarecida, y admirada,
de divinos trofeos coronada,
vuelve al engaño la prisión oscura.

Gloriosa en la prisión, que siempre dura,
deja nuestra ignorancia lastimada,
y en el temprano triunfo acreditada,
sus ínclitas virtudes asegura.

Llega huésped lloroso, que turbado
asombras el disgusto negligente,
verás que llevas tu atención sencilla.

El cadáver, que extrañas tan trocado
en el afecto nada diferente,
que maravilla fue, y es maravilla.

CV

Hoy reverdece la esperanza mía,
si pretende esperanza mi cuidado,
que no espero, y adoro, confiado
en el favor del Ciego, que me guía.

Sólo intenta mi fiel idolatría
la fineza de un culto tolerado,
que para la distancia de premiado,
tiene muy cortos brazos la osadía.

Nacisteis Amarilis, soberana.
vivid sin los mortales desengaños,
siempre de Abril en la florida esfera,

que de vuestra beldad, mayor que humana,
desmintiendo el estrago de los años,
será toda la vida Primavera.

CVI

A Cristo Nuestro Señor crucificado

Llegó al Calvario él que a morir venía
para la vida del linaje humano,
el Cordero de Dios, que Soberano,
los pecados del mundo deshacía.

El pueblo pertinaz en su porfía,
sin moderar el corazón tirano,
ejercitó la ingratitud villano,
aun cuando vio, que el Redentor moría.

Estremeciose la naturaleza,
oscureciose el Sol, desanimando
todas las luces, que su fin reunieron.

Las piedras conmutando su dureza
con pechos racionales, y cobrando
compasiva blandura, y fe rompieron.